

¿QUÉ ES LA CADENA DE VALOR AGROALIMENTARIA?

La cadena de valor en alimentación se estructura, como la propia cadena alimentaria, sobre una serie de fases o categorías de actividad en sucesión secuencial e interrelacionadas. La cadena de formación de precios de los alimentos responde al esquema “del campo a la mesa” que, tras la publicación por la Comisión Europea del “Libro Blanco para la Seguridad Alimentaria”, inspira igualmente el enfoque de la consecución y el mantenimiento de las garantías de inocuidad.

En la cadena de valor cada eslabón tiene su objetivo y su función, y su denominación no es casual: Cada eslabón debe añadir valor, incorporar algo que el eslabón anterior no aportó, porque no era su tarea. Y todo el valor que progresivamente se va incorporando al proceso, debe ser percibido objetivamente como tal por el Consumidor Final.

El consumidor en la cadena de valor

Es frecuente considerar que la competitividad radica de forma exclusiva o predominante en el precio, cuando realmente habría de contemplarse en términos del valor que se aporta en pos del consumidor como eslabón final de la cadena... O acaso sea el primero, ya que es el consumidor, con necesidades cambiantes, exigencia creciente y no siempre con la información suficiente, quien condiciona, en definitiva, el devenir de esa cadena. Del enfoque convencional de una

cadena que perseguía producir para vender, hemos evolucionado a un modelo que debe enfrentar el reto de producir lo que se vende, esto es: lo que el consumidor demanda porque es realmente lo que necesita.

Si la información y la formación son siempre necesarias, su déficit puede resultar crítico y de nefastas consecuencias para todos los eslabones cuando el papel del consumidor en la cadena de valor es, realmente, un papel de liderazgo, que condiciona la supervivencia de todos los demás actores, ya que es quien decide qué compra y qué consume. Por ello, todos los agentes de la cadena (¡todos!) han de tener a ese consumidor como referencia cardinal en su proceso de decisiones.

Por ello, es importante desmontar algunos falsos mitos que pretenden explicar la cadena de formación de precios considerando en exclusiva sus extremos y obviando el rol de eslabones intermedios. Valores como la posibilidad de disfrutar de productos frescos en nuestro hogar a las escasísimas horas de su recolección en origen o poder elegir los formatos que mejor se adaptan a las dimensiones y tipología de nuestras familias...

En la cadena de valor cada eslabón tiene su objetivo y su función: debe añadir valor, incorporar algo que el eslabón anterior no aportó

Se crea confusión cuando se pretende identificar las ineficiencias de alguno de los eslabones con las de la cadena en su conjunto, cuando nuestra cadena de valor agroalimentaria es, en sí, eficiente, sostenible y competitiva. España está siendo capaz de mantener unos precios de alimentación muy por debajo de los de la media de Europa. La eficiencia ha de consistir en eliminar todo aquello que no incorpora valor, expresado en elementos que respondan objetivamente a las necesidades del consumidor. Éste debe ser consciente de la labor y el esfuerzo de cada uno de los eslabones de la cadena para dar una respuesta acorde con sus necesidades.

Que cada consumidor disponga de la información necesaria para formar su propio criterio en torno a la cadena de valor es responsabilidad de muchos. Por ello, el Foro Interalimentario sostiene la importancia de informar a todos los consumidores sobre la cadena de valor agroalimentaria.

